

CAPÍTULO III

Emigración hacia el Norte. — Los tlahuica. — Los tecos. — Tzintzuntzán. — Las ruinas. — Tarascos ó quaochpanme. — Paso por el sur de Jalisco. — Zacatecas. — Ruinas de la Quemada. — Las fortificaciones. — Murallas. — Materiales de construcción. — El templo. — La columnata. — Las pirámides. — Objetos encontrados. — Clasificación de estas ruinas. — Tuitlán. — Antigüedades de Tamaulipas. — Topi- la. — Piedras esculpidas. — Los laguneros. — Caza de patos. — Casas Grandes de Chihuahua. — Las construcciones. — Túmulos. — Obje- tos encontrados en ellos. — Vasijas. — Ornamentación. — Minas de plomo. — Mezcla de las dos civilizaciones. — La pirámide. — El tem- plo. — La ciudad. — Ruinas del Zape. — Chalchihuites. — El Teul. — Pueblos trogloditas. — La Breña de Durango. — Los tepehuanes. — Los tarahumares. — Costumbres funerarias. — La raza. — Sierra de Querétaro. — Fortificaciones del cerro de las Canoas. — Pirámide del valle de Ranas. — Túmulos. — Escultura en un yugo.

Un núcleo de población tan poderoso como el de la raza del Sur no podía quedar estacionario, y era natural que procurase extenderse más y más, hasta donde encontrara obstáculos insuperables. Ya lo era en el centro del país la gran familia autóctona, los otomíes, que empujados del norte y del sur y después de ambas costas, formaban un agrupamiento en lo que constituye nuestro Valle y los Estados de México, Querétaro, Guanajuato y San Luis, y alguna parte de los circunve- cinos. No pudo, pues, extenderse la emigración por el centro, y como ya ocupaba de antemano la costa del Golfo, tomó entonces la del Océano que cae al occidente. Así vemos extendida, por el que es ahora Estado de Guerrero, una nueva raza que no es de procedencia nahoa, los *tlahuica*, y por eso encontramos tan semejantes á los de Zaachila y Cuilapa los ídolos hallados cerca de Acapulco y los túmulos descubiertos en esa región. Hemos visto que el tlapaneca, lengua de ese territorio, es afín de las de Didjazá, y Sahagún mismo, á pesar de sus errores etnográficos, pone á los tlahuica semejantes á los totonaca y á los cuexteca, es decir, á los de Tamoanchán, y dice de ellos que eran muy tímidos, que se ataviaban demasiado y siempre andaban con rosas en las manos.

En su camino debían los emigrantes pasar al país de los tarascos, al actual Michuacán; y así fué, pues aparecen como sus más antiguos habitantes los tecos, de los que hemos dicho ya que eran de la misma familia que los habitantes de Didjazá. Pero sea porque estaban rodeados de tribus poderosas, ó sea porque la fuerza de expansión disminuye según se va alejando del centro, no encontramos que en aquellos remotos tiempos formaran los tecos una nacionalidad tan respetable como las que hemos descrito. Redujéronse á agrupa-

mientos, siempre superiores á la forma de tribu, esta- bleciéndose de preferencia en las playas é islas de las lagunas, ya porque su estado social correspondía á la época semilacustre, ya porque los pueblos débiles buscan en medio del agua una defensa natural contra los hombres y las fieras. Así los tecos se establecieron en el lago de Pátzcuaro y fundaron á su orilla la ciudad de Tzintzuntzán ó del colibrí. Comencemos por observar en esto una muestra clara de la zoolatría de la raza inspirada por la belleza y encanto especial de este pequeño pájaro, y los variados y primorosos colores de sus plumas que tanto utilizaban en sus adornos y tejidos. Está Tzintzuntzán en la ribera sudeste del lago y es asombrosa la cantidad de colibríes que hay ahí. De la antigua ciudad todavía se ve una muralla derruida, con escalones, de diez y seis piés de ancho por diez y ocho de altura, que cerraba una plaza de cuatrocientos catorce por novecientos treinta piés. En el centro hay restos de una pirámide que llama torre algún escritor; es notable que allí se encontrara un ídolo en forma de lagarto ó cocodrilo. Las ruinas de un palacio y algunos otros túmulos se ven á poca distancia sobre una loma llamada Yaguarato. Villa- señor da razón de ciertas construcciones en Tere- mendo, con muros y bóvedas de piedras talladas, unidas por medio del fuego y sin necesidad de mezcla; y en Irumbo se han descubierto también túmulos. Estas pocas noticias que tenemos, porque la verdad es que el Michuacán no ha sido explorado debidamente, demues- tran que ahí llegó la civilización del Sur.

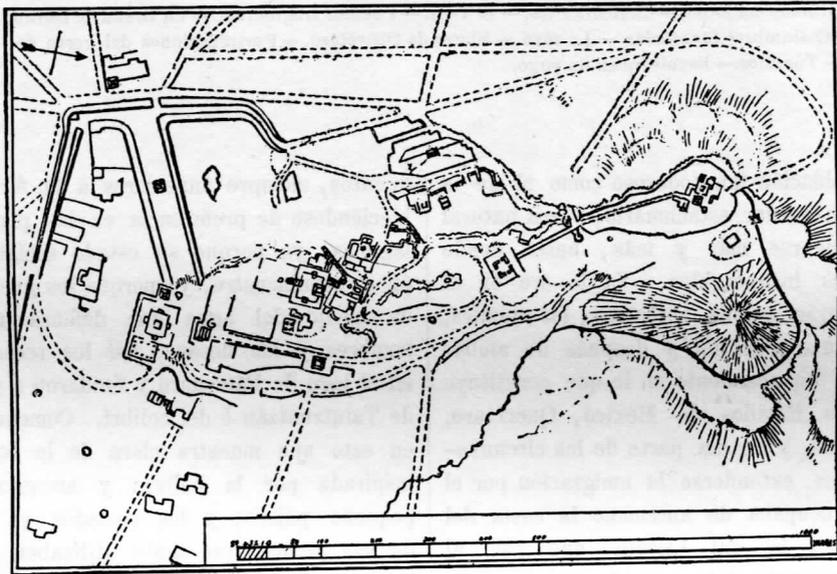
Sahagún dice que se llamaban tarascos del nombre de su dios *Taras*, y también *quaochpanme*, que quiere decir *hombre de cabeza rapada*, porque antiguamente no usaban cabellos largos, sino rapadas las cabezas,

tanto los hombres como las mujeres. Vestían pieles de gato montés, de tigre, de león ó de venado, y encima un *huipil* sin mangas, y por atavío ó aderezo traían unos plumajes redondos de pluma encarnada y en forma de abanico, metidos en la cinta de pellejo de ardilla conque rodeaban sus cabezas. Sus armas eran flechas, arcos y carcajes. Los hombres eran buenos industriales y las mujeres buenas tejedoras. Usaban mantas muy galanas y de labores exquisitas; y no podemos dejar pasar desapercibido que en el Michuacán y en algunas partes de Jalisco están demostrando los ídolos ahí encontrados que también había llegado allá el culto del *phalus*.

Algunos restos hacen creer que la raza del Sur llegó hasta Colima, y poco antes de las profundas

barrancas de Beltrán y Atenquique hay un pueblo llamado Tonila, que en tzendal ó quiché significa *casas de piedra*. En el rumbo de la laguna de Chapala hay un pueblo que se llama Zacualco, nombre que quiere decir *donde está la pirámide*, y esta dirección nos hace comprender que, habiéndose encontrado la emigración con el núcleo de los meca, se desvió tomando la dirección de aquella laguna. Y siguiéndola ¿adónde tenían que salir los emigrantes? A Zacatecas, y precisamente allí encontramos las famosas ruinas de la Quemada, de las cuales C. de Berghes levantó el plano en 1833, dándoles el nombre de Coatlicamac, y no son más que la antigua ciudad de Zacatlán, de donde tomaron su nombre los zacateca.

Existen las ruinas en una eminencia llamada *Cerro*



Plano de las ruinas de la Quemada

de Los Edificios. En su cumbre se ven grandes construcciones, con patios espaciosos, habitaciones de diferentes clases, amplios pasadizos y diversas pirámides, formando todo un conjunto armonioso. Parece el palacio del jefe de la ciudad, con un templo y varias pirámides para la defensa, y á fin de aumentar ésta, una parte de la falda del cerro está revestida de mampostería y lo demás defendido por una gruesa muralla con su ciudadela. La altura del cerro en que están Los Edificios es de novecientos piés, y la planicie que forma en su cumbre tiene como media milla de norte á sur, con un ancho desde trescientos hasta mil quinientos piés. Se habla de varios caminos que se descubren en las ruinas; uno da vuelta en ángulo recto en la escarpa sudoeste y tiene trazas de haber sido defendido por murallas, y desde allí parte otro de noventa y tres piés de ancho, que se extiende por la escarpa noreste hasta el pié del cerro. Tres caminos salen de él por el lado sudoeste; uno llega hasta una pirámide que está de la otra ribera del río como

punto avanzado; el segundo se extiende cuatro millas, y el tercero llega hasta una montaña á seis leguas de distancia. Estos caminos tienen de trece á catorce piés de ancho. Otros dos semejantes se extienden por el oriente, de los que uno termina á dos millas en una pirámide, punto avanzado por ese rumbo.

Como no todos los puntos eran igualmente inaccesibles, los más débiles se reforzaron con muros, especialmente en la parte norte. Estos muros tenían de nueve á doce piés de ancho y de altura, y cerraban una área de más de mil quinientos piés, la que se dividía por otra muralla en dos partes desiguales. Los restos más numerosos y más extensos se ven al sur, en donde la superficie se forma de plataformas ó terraplenes por medio de muros de sólida masonería. Uno de estos muros de soporte es doble, es decir, se compone de dos paredes unidas. Bastante es esto para que se vea el sistema completo de defensa de los pueblos de la civilización del Sur.

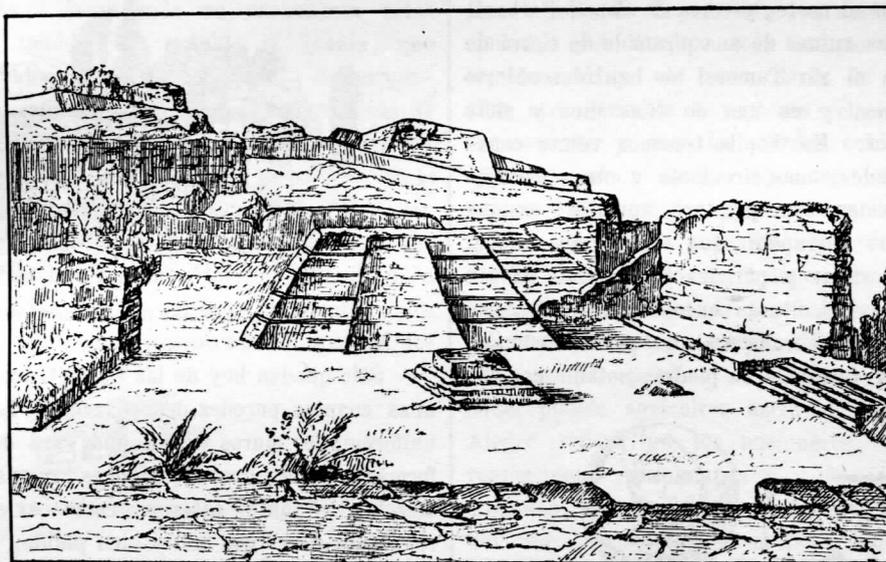
Los materiales de construcción consisten en lajas

cortadas en superficie plana por el frente, colocadas en hiladas regulares y unidas con barro rojo. Las losas están sacadas de la misma localidad, y los muros revocados de estuco, del cual apenas quedan señales.

Lo más notable de las ruinas, en nuestro concepto, es el templo; está en la parte sur de la planicie. Es un recinto rectangular cerrado al sur y al oeste por muros de sesenta metros de largo en un lado y por setenta y cuatro en el otro. Los muros son de piedras secas y contruídos en talud. Se bajaba al recinto por tres escalonés prolongados en todo el lado norte, y por el este había un peristilo de un monumento macizo. Tenía el templo una columnata exterior; hay todavía una columna en pié por el lado norte, y otras dos ó tres derribadas. El recinto mide en su interior treinta y

nueve metros de largo por treinta de ancho, y dentro de él once columnas formaban otro cuadrilongo de veintiseis metros por quince. Las columnas son cilíndricas, de un metro ochenta centímetros de diámetro, sin bases ni capiteles, y de una altura de cinco metros treinta centímetros. Los muros tienen la misma altura y un espesor de dos metros setenta centímetros. Solamente presentan una entrada de diez metros de ancho.

Cierra la entrada de la fortaleza una pirámide de que parten diversos caminos en dirección á otros terraplenes que llenan el valle en toda su amplitud de doce kilómetros. No se encuentran ahí pinturas, jeroglíficos ni esculturas, á no ser cinco culebras grabadas en hueco sobre una roca. Se descubre poca cerámica,



Interior de Los Edificios

pero se han extraído hachas de diorita y puntas de flecha de sílex.

Si se quieren clasificar estas ruinas, desde luego la pirámide nos indica la raza del Sur, y la columna viene á precisarnos la rama de los mayas. Pero por otra parte la disposición de los terraplenes combínándose en todo el valle, y la forma de recinto que toma el templo, recuerdan los pueblos del Ohio. Todos estos caracteres de pronto aparecen contradictorios, porque cada uno es típico de diversa región; pero la contradicción cesa desde el momento en que se reflexiona que todos pertenecen á la misma raza. Ésta, según el medio en que vivía, hubo de desarrollar naturalmente más ó menos sus aptitudes propias. Por la extensión de las diversas obras, de las que algunos terraplenes llegan á quince kilómetros de distancia, se conoce que aquel era un centro populoso, y todo indica que estaba organizado de la misma manera que las otras sociedades de la raza del Sur.

No son éstas las únicas ruinas en ese rumbo. Fray Antonio Tello habla de una gran ciudad abandonada que se conocía que había tenido suntuosísimos edificios, con grandes calles y plazas bien ordenadas, y en la distancia de un cuarto de legua cuatro torres con calzadas de piedra de la una á la otra, y dice que era la gran Tuitlán. Generalmente se cree que estas ruinas son las mismas de la Quemada; pero á más de que parece que la región estaba muy poblada, y que por lo mismo debió haber diferentes ciudades, es notable la diferencia que hay entre estas ruinas y la descripción que hace fray Antonio.

Pues todavía son muy notables en el rumbo las ruinas de Pabellón; Trejo habla de otras cerca de Teul, y Arlegui da cuenta de que los misioneros encontraban antigüedades por donde quiera en aquella región.

Veamos si por el lado del oriente se unen estas ciudades con las de Tamoanchán, ya que en el occidente

las aísla el país de los meca. Desde luego en la vecindad de Tampico se encontró un ídolo, que por su tipo y su maxtli, que finge ser bordado, pertenece á la



Ídolo de Tamaulipas

raza del Sur. Más al norte, y cerca de Santa Bárbara, se descubrieron las ruinas de una pirámide de tierra de dos pisos. Sobre el río Tamessi se han descubierto restos de ciudades, y en una de ellas diez y siete grandes terraplenes. En Topila tenemos veinte construcciones piramidales, unas circulares y otras cuadradas, que en nuestro concepto son túmulos, aunque también se ve un terraplén que cubre dos acres. Se dice que hay murallas y paredes de piedra. Sí son importantes algunas esculturas encontradas ahí, como una cabeza gigantesca labrada en una piedra redonda, y una cara también esculpida en piedra, notable por sus



Esculturas de Topila

proporciones y por la perfección de sus líneas. Podemos decir que estas ruinas eran el guión, el punto de unión de la raza del Sur, por una parte con la región de los *mounds*, y por la otra con el país de los zacateca.

En el terreno intermedio se encontraron algunas tribus que vivían en la laguna de Patos, con la existencia semilacustre de que ya hemos hablado. Considéralas el padre Ribas un tanto civilizadas, y cuenta que vivían, más que de la agricultura, de la caza de los muchos animales que hay en la región y en especial de la de patos, que es tan abundante que dió nombre á la laguna. A este propósito refiere la manera curiosa empleada por los laguneros para cazarlos. Metíase el cazador en el agua cubriéndose la cabeza con un gran calabazo agujereado para poder ver, y se colocaba de manera que sólo apareciese fuera del agua el calabazo, que los patos tomaban por uno de tantos como ahí sobrenadaban. Acercábase, pues, á ellos el

cazador, y cogiendo á los patos uno á uno por los piés, los iba sumergiendo y cazando sin alarma de los demás.

Las últimas ruinas de nuestro territorio son las conocidas con el nombre de Casas Grandes de Chihuahua. En un valle que tendrá de doce á quince kilómetros y que baña un río que lleva el mismo nombre que las ruinas, se levantan éstas, quedando las construcciones principales sobre la ribera izquierda. Consisten en un edificio de tres pisos, semejante á todas las casas grandes del territorio nahoas, de que ya extensamente nos hemos ocupado. Esto nos indica que sus antiguos habitantes eran nahoas. Pasaron la sierra y llegaron del valle de Pecos, en donde las construcciones son semejantes.



Ruinas de Casas Grandes de Chihuahua

Sólo quedan hoy de las Casas Grandes de Chihuahua unas cuantas paredes despedazadas. La construcción es uniforme; los muros tienen una vara de grueso y están formados con grandes adobes regulares unidos con mezcla, y tanto interior como exteriormente están revocados de estuco fino y bien pulido.

Se encuentran, además, en esas ruinas muchos túmulos, lo que referiría sus habitaciones á la raza del Sur. Los túmulos están principalmente en las orillas del río, y su forma es de cubas de piedra y de corte elíptico, con el diámetro mayor de metro y medio, y con un metro tanto de diámetro menor como de altura. Los cadáveres se encuentran en ellos sentados en cuclillas, y envueltos en lienzos tejidos apretadamente con fibras de un vegetal que recuerda el maguey. Alrededor de los despojos se hallan vasos, collares,



Alfarería de Casas Grandes

brazales, alfarería, etc. Se observan estos túmulos en una extensión de más de veinte leguas de largo por diez de ancho.

Si el túmulo y la posición del cadáver nos revelan la raza del Sur, las ofrendas indican á la del Norte. Las recogidas son: hachas de piedra pulida, metales, lienzo, idolillos de barro, vasijas con grecas, collares de conchas, brazaletes de hueso y la tortuga y la lagartija de cobre. Por lo que ya hemos visto, de estos objetos unos pertenecen á la civilización del Sur y otros á la del Norte, y algunos son comunes á las dos. Podemos llamar comunes los idolillos, los collares, los brazaletes y aun las hachas. Son indiscutibles de la raza del Norte los lienzos de *ixtli* y las vasijas con grecas; y las hay también, revelando el mismo origen en su forma, ya sencillas y sólo barnizadas, ya con culebras entrelazadas ú otros adornos. La alfarería es muy fina y con dibujos de líneas bien combinadas. Los colores son rojo, gris y negro sobre fondo blanco ó rojizo. En muchas millas á la redonda se encuentran estos trastos. Tienen también de notable el barniz, que según algunas opiniones se daba con plomo. Se encuentran en aquellos rumbos tajos abiertos sobre vetas de plata. La antigüedad de estos tajos se conoce por los mismos trastos que en ellos hay, pero la baja ley de la plata da á entender que no se buscaba su extracción sino la gran cantidad de plomo que la acompaña y que servía para barnizar la alfarería. Revelan la civilización del Sur, en oposición á estos trastos, el metate y los objetos de cobre. El metate encontrado en uno de los



Metate de Casas Grandes

túmulos tiene cuatro piés, siendo en lo demás semejante á la forma ya descrita. La tortuga de cobre, y hemos tenido un ejemplar precioso que regalamos al Museo, se encuentra también en la Cuexteca, es decir, en el Tamoanchán. Además, las minas de cobre abundan en Chihuahua, y se halla nativo ese metal.

Como se ve, hay en esa localidad un conjunto extraño que revela la mezcla de las dos civilizaciones, hecho que se confirma plenamente, porque al lado de la casa grande propia de la del Norte se levanta la pirámide exclusiva de la del Sur, juntándose únicamente en ese sitio los dos sistemas de defensa. Dice el señor Orozco que se da á la pirámide el nombre de Vigía, que es de tres pisos, de un metro veinticinco centímetros de espesor cada uno, y con una escalera para subir á la plataforma superior; la pirámide es de piedra seca. No lejos está el templo, edificio cuadrado de cien metros, flanqueado al lado oriental por otros dos cuadrados de sesenta metros. En el interior del primero forman las paredes un laberinto que recuerda el de las ruinas del Xila. Agreguemos los restos de una muralla y una zanja ó acueducto, y es cuanto queda de

una ciudad de la cual hasta el antiguo nombre ignoramos.

Percibimos, sin embargo, con claridad, que fué el centro de una gran región agrícola; que la fundó desde tiempo muy remoto la raza nahoa; que allí se estableció siguiendo sus costumbres propias; pero que más tarde llegó la última oleada de la raza del Sur, y á aquellas costumbres unió las suyas, resultando un conjunto común á las dos, desde los edificios hasta los utensilios.

Pero entre estas ruinas y las de los zacateca, hay una región en que los misioneros encontraron á los tepehuanes y á los indios del Zape, y no debemos pasarla por alto. El Zape pertenece á Durango, y sus ruinas se relacionan con el carácter de las de la Quemada. Son el punto de unión entre éstas y las de Chihuahua. En el valle de Zape están los restos de una extensa ciudad, que ocupan toda la parte descubierta del terreno. Hay ahí una serie de colinas, y sobre ellas otra serie de terraplenes relacionados, orientados exactamente y con los bordes cubiertos con piedras fijas al suelo. Cuatro de estos terrados cierran un espacio ó patio cuadrangular, en medio del cual varias piedras cortadas á escuadra revelan un antiguo altar. Siguen al oriente dos terraplenes que debieron sustentar las casas de madera de los habitantes. En las otras colinas hay construcciones semejantes, y de todas ellas se baja por pendientes suaves á la llanura en que aquel pueblo agricultor hacía su siembra. El padre Alegre refiere que los misioneros encontraron en esa región restos de columnas y varios ídolos con figuras de animales, todo lo cual relaciona esas ruinas con la raza del Sur. Semejantes son las ruinas que desde las montañas de Chalchihuites corren hasta el valle de Súchil. El señor Orozco cree que el pueblo que allí vivió fué el descubridor de la veta de gemona llamada en mexicano *chalchihuitl*. Agreguemos las ruinas de Teul; quedan vestigios de una antigua ciudad, en la que hubo un templo famoso.

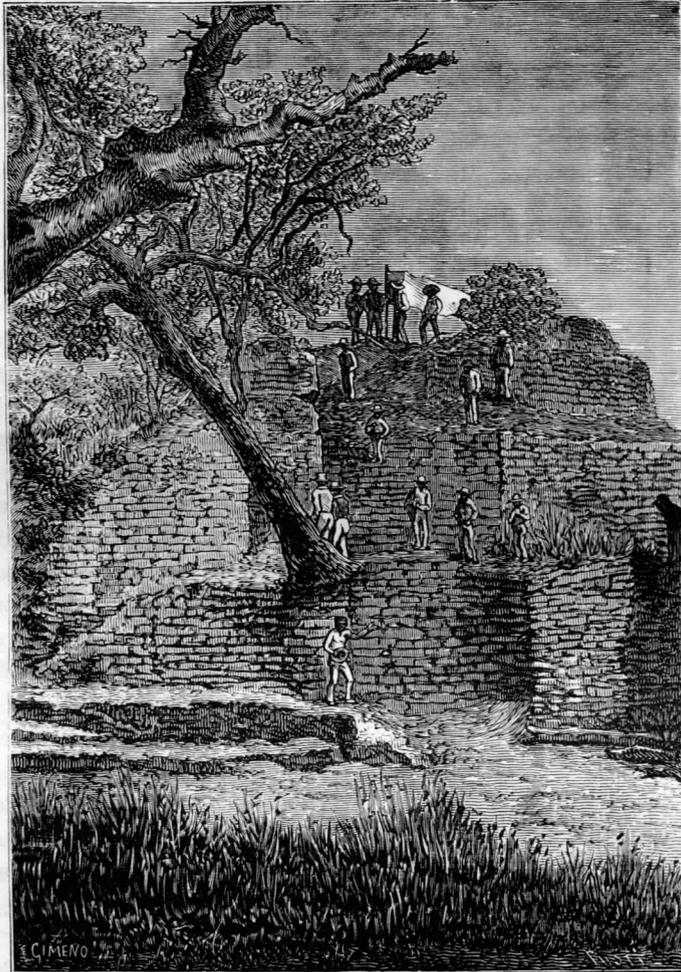
Pero al lado de estos restos, todos del mismo carácter, se encuentran las huellas de pueblos trogloditas, que también alcanzaron cierto grado de cultura. En el terreno llamado la Breña, que está entre Zacatecas y Durango, se observan muchas grutas subterráneas debidas á las ampolladuras de aquella antigua formación volcánica. El señor Ramírez extrajo de ellas algunos objetos arqueológicos, entre ellos una pequeña tortuga de piedra dura, de media pulgada de diámetro y perfectamente labrada, y algunos vasos de barro bien barnizados y con un color rojizo.

Dos pueblos ó razas aparecen desde la más remota antigüedad ocupando esa región, que media entre las ciudades que hemos descrito; dos pueblos casi siempre en lucha, que parecen diferentes por algunas de sus costumbres, y que creyéranse de una misma familia

porque son afines sus lenguas. Hablamos de los tepehuanes y tarahumares. Extendiáanse los tepehuanes á Durango, Jalisco, Sinaloa, Chihuahua y Coahuila. Su lengua pertenece á la familia *ópata-pima* y al grupo mexicano-ópata; es decir, que trae su origen del nahoa. Era pueblo muy valeroso, y usaba por armas arco y flechas, macanas y chuzos hechos de maderas duras. Sembraban maíz y acostumbraban á cazar. Hacían hilo de algodón y de fibras de maguey, y con él sus mantas y vestidos y los faldellines de sus mujeres. Vivían en

casas de madera ó de piedra y barro. Tenían muchos ídolos. Conocían el matrimonio y el repudio por causa de la infidelidad de la mujer. Celebraban con danzas sus fiestas religiosas. En todo vemos á un pueblo de descendencia nahoa ó que mucho tiempo ha estado en contacto con esa raza.

Los tarahumares, que también se extendían por Durango y Chihuahua y llegaban hasta Sonora, tienen las mismas circunstancias que los tepehuanes, por lo que hace á la lengua, al traje y á las armas; pero se



Ruinas del cerro de Las Canoas

diferenciaban en su habitación, porque habitaban en cuevas, algunas tan capaces, que en una sola vivía toda una parentela, haciendo sus divisiones de cuartos dentro. Distinguíanse también en sus costumbres funerarias, pues colocaban sentados en una gruta á los muertos. Se han descubierto cuevas con más de mil momias. Nosotros hemos visto unas de éstas con el cabello claro y con sandalias y manta primorosamente tejidas de pita ó fibras de maguey, á las que se habían dado colores tan vivos, que se conservaban relucientes después de los siglos transcurridos. Se sabe de los tarahumares que á la muerte del padre ó marido se

desamparaba su habitación y los dolientes por luto se cortaban el cabello.

Todos estos pueblos eran dados á la superstición y á la embriaguez, pues sacaban cierto licor del mezquite ó se trastornaban comiendo la hierba que llaman *péyotl*. De los laguneros se sabe que tenían por principal superstición creer en los espantos que les hacía el diablo, *Cachinipa*, echando fuego por los ojos ó tornándose en fiera. Y era tal la influencia que el tal genio del mal tenía sobre ellos, que habían caído en el más exagerado fatalismo; pues excusaban la peor de sus acciones diciendo que les había engañado Cachi-

nipa. Por supuesto, que aun entre estos mismos indios había diversos grados de cultura; pues los laguneros no alcanzaron el arte de hilar, por lo que las mujeres se vestían de pieles de animales, aunque su natural inclinación al adorno las hacía engalanarlas con flecos y rapacejos de la misma piel teñidos de colores vivos, y ellas lo hacían con sus personas trenzándose con gracia los cabellos y poniéndose al cuello sartas de conchas y caracoles.

Si se reflexiona en todo lo que hemos dicho sobre esa región y se observan los elementos tan diversos ahí unidos, se comprende que varias razas, sin el poder suficiente para predominar, se encontraron en ese terreno prestando al conjunto cada una de ellas alguno de sus caracteres dominantes; pero en el fondo de esa población vemos á la raza autóctona recibiendo diferentes influencias y quedando siempre como la inmensa agrupación á que la leyenda impuso el jefe llamado *Chichimecatl*.

Pues todavía tenemos que ocuparnos de las ruinas que en la sierra de Querétaro se encuentran. En el cerro de Las Canoas, elevación de difícil acceso terminada por una meseta espaciosa, se ven las ruinas de una serie de baluartes colocados admirablemente, y que revelan los conocimientos guerreros de sus autores. Por el lado nordeste del cerro las fortificaciones van colocadas á diversas alturas, de modo que producen el efecto de la pirámide, y terminan en la dirección del baluarte principal, que todavía tiene unos doce metros de altura. Por el lado opuesto se llega á una gran plataforma rectangular de quinientos metros cuadrados de superficie. Parece que se cuidaba mucho de defenderla, porque además de estar resguardada por dos grandes fortines de tres metros de altura, tenía en los flancos una serie de terraplenes paralelos. Después de la plataforma siguen diversas obras á diferentes alturas, situadas de modo que lo mismo protegieran los baluartes del centro que los bordes de la meseta. Por una rampa se llega á la esplanada del cerro, en el cual se levanta un gran fortín que domina todo el camino. Se cuentan cuarenta y cinco fortificaciones, siendo la más notable un baluarte compuesto de un zócalo de dos metros y medio de altura, que sostiene un muro en talud coronado por una saliente en la cual se apoya un torreón ya arruinado. Todas estas fortificaciones son de lajas calizas cortadas á escuadra unidas por cimientos calcáreos y arcillosos.

En el valle de Ranas, que está á tres leguas, sobre una eminencia se ven los restos de una pirámide cuadrada, cuya base mide veinte metros por lado, y que tenía cuatro escaleras perfectamente orientadas para subir á la plataforma superior. Cerca de ella existen vestigios de un gran túmulo que encerraba un solo cadáver y algunos objetos como cuentas de espato, conchas marinas y utensilios de barro.

Agreguemos á esto una gran cantidad de túmulos, en donde es curioso el hallazgo frecuente de conchas marinas: llámanlos *cuesillos* y ocupan una gran extensión. Bajan por el sur hasta San Juan del Río, abundando principalmente en las ruinas de San Sebastián: en éstos se han hallado algunos objetos curiosos, como idolillos de esmarydita. Por el norte penetran en Guanajuato: en los llanos del Bajío suelen encontrarse algunos, en que los esqueletos tienen cubierto el cráneo con un cajete de barro.

En un cerro inmediato á Ranas se encontró un yugo, que acredita que en aquel ignorado pueblo el culto había llegado hasta los sacrificios. Esta circuns-



Escultura de Ranas

tancia, la pirámide y los túmulos, bien demuestran que por ahí pasó la civilización del Sur. Si fué avanzada de Teotihuacán y Mamemhí ó un descenso directo del Tamoanchán no lo sabemos; pero sí podemos decir, con muchas probabilidades de acertar, que los habitantes de esas ciudades fueron los vixtoti, y sin duda ninguna, pueblos de la raza del Sur. Y viene á confirmarlo un rostro de deidad esculpido en el yugo de que hemos hecho mención. Es un bajo-relieve en basalto; el tipo es severo y sin barba: figura tener un pendiente redondo en el taladro de la nariz; su tocado es de plumas caídas y lleva una como cimera con un rostro ya poco perceptible; una banda de cuentas adorna su peinado y le baja por el rostro como barboquejo, y completan el ornato grandes y redondas orejeras y una gargantilla de gruesas cuentas. La escultura, pues, indica la civilización del Sur, como el yugo en que está hecha y las ruinas en que se ha encontrado.